

La historia de un conflicto

Helen Orjuela*

“En la sociedad de clases, las revoluciones y las guerras revolucionarias son inevitables; sin ellas, es imposible realizar saltos en el desarrollo social”

Mao Tsé Tung

La falta de espacios para la oposición política en la vida nacional fue una de las principales causas para la formación de los grupos al margen de la ley en Colombia y, por lo tanto, del origen del conflicto armado. ¿Qué ha sucedido desde entonces con estos grupos y sus convicciones iniciales? ¿Se han generado espacios para la expresión y las nuevas ideas políticas?

En primer lugar, se debe hacer claridad en el concepto de conflicto armado. El artículo 3, común a las Convenciones de Ginebra y el Protocolo Adicional II, que se refiere a los conflictos armados no internacionales, presenta la siguiente definición: “que tiene lugar en el territorio de un Estado, parte entre sus fuerzas armadas y las fuerzas disidentes u otros grupos armados organizados, que bajo la dirección de un mando responsable, ejercen sobre una parte de dicho territorio un control tal que les permita realizar operaciones militares sostenidas y concertadas, y aplicar el Protocolo”¹. Según

esto, los actores en el caso colombiano son fuerzas disidentes: FARC-EP, ELN, y se podría agregar un tercer actor: las fuerzas paramilitares, pero dadas sus características y origen no se incluyen en esta consideración o clasificación.

Ahora bien, analizaremos el origen de este conflicto. Como antecedentes, encontramos la violencia bipartidista de los años cincuenta, resultado de las hegemonías conservadoras y liberales desarrolladas a lo largo del siglo XIX e inicios del XX. Ésta concluye con el pacto de Benidorm, firmado el 24 de julio de 1956, con el que inicia el Frente Nacional, y en este contexto inicia el conflicto que estamos analizando. Durante el tiempo que duró este acuerdo entre los partidos tradicionales —se habla en ocasiones de una dictadura bipartidista—, el espacio para otras propuestas e ideas fue totalmente cerrado. Se eliminó la oposición y la competencia política, no existían medios que denunciaran abiertamente la corrupción del gobierno.

Paralelamente, en la década del sesenta, la influencia comunista dio un carácter diferente al conflicto, puesto que después del triunfo de la revolución cubana, que logró derrocar a un gobierno de derecha

* Estudiante de tercer semestre de la Facultad de Economía, de la Universidad Externado de Colombia. Correo-e: Heel_92@yahoo.com.co

1 [http://www.icrc.org/web/spa/sitespa0.nsf/htmlall/armed-conflict-article-170308/\\$file/Opinion-paper-armed-conflict-es.pdf](http://www.icrc.org/web/spa/sitespa0.nsf/htmlall/armed-conflict-article-170308/$file/Opinion-paper-armed-conflict-es.pdf) (02 de mayo 2010)

que tenía a la isla sumida en grandes deudas y a su población totalmente desprotegida, los ánimos y la esperanza de acceder al poder por medio de las armas se hacían cada vez más reales.

La falta de espacios para la oposición y las nuevas propuestas políticas, junto con la esperanza latente de la posibilidad de acceder al poder por medio del levantamiento armado, alentó la formación de los primeras guerrillas de orientación marxista en Colombia (FARC-EP y el ELN) que buscaban romper con el statu quo de la clase dirigente, y abrir un espacio para una nueva política de Estado, una mayor inclusión de la población en el gobierno, la repartición equitativa de la tierra, la nacionalización de la banca y el sistema financiero, tal como lo expresan las memorias de los primeros líderes de las FARC: “Las Farc quieren un gobierno pluralista (que estén representados todos los partidos y sectores sociales), democrático y patriótico”.

“...La falta de espacios para la oposición y las nuevas propuestas políticas, junto con la esperanza latente de la posibilidad de acceder al poder por medio del levantamiento armado, alentó la formación de las primeras guerrillas...”

A mediados de los años sesenta y setenta, estos grupos lucharon por el cambio del sistema, financiándose con las pequeñas regalías de algunos cultivos de exportación como maíz y frijol, junto con los aportes económicos de perso-

nas u organizaciones interesadas e identificadas con su causa².

¿Pero, por qué se perdió ese ideal?

Colombia, durante auge del narcotráfico en la década de los años ochenta, cuando el consumo de marihuana se popularizó en Europa y Estados Unidos, ofreció el producto a un precio bajo —gracias a las condiciones geográficas—, logrando alcanzar una alta demanda a nivel internacional y poca competencia en este mercado; así, su producción y comercialización se convirtió en una manera rápida y fácil de ganar grandes cantidades de dinero. Situación que en sus inicios favoreció a la economía del país, debido a los grandes flujos de capital de esta actividad.

Durante esta época surgieron y se fortalecieron los carteles de la droga en Colombia, encargados de su producción, exportación y distribución. En los primeros años, tanto países importadores como exportadores desconocieron la naturaleza de este mercado; sin embargo, en el momento en que los países importadores decidieron restringir el uso y además iniciaron su producción —para controlar el consumo—, se crearon estatutos y normas para su venta y distribución, los ya favorecidos del comercio de este producto vieron el detrimento de sus ganancias; por lo tanto, en un desesperado intento por salvar

2 http://www.abpnoticias.com/boletin_temporal/contenido/libros/cese_el_fuego.pdf

este negocio, reemplazaron la marihuana por una sustancia más efectiva, que proporciona efectos más prolongados: la cocaína, sustancia que además es producida en laboratorios, pero que sin embargo tiene efectos devastadores en el individuo.

Cuando los efectos de estas sustancias se evidenciaron en los jóvenes, y la sociedad demandó medidas para controlar este fenómeno, los gobiernos de los principales importadores iniciaron grandes campañas para penalizar su consumo, venta y distribución, a la vez que ejercían presión sobre los gobiernos de los países productores para detener los carteles.

En este punto es donde entraron los grupos revolucionarios alzados en armas, y se hace clara la desviación del conflicto. Debido al gran movimiento de dinero de esta actividad en el país, los grandes capos lograron controlar a la población de numerosas zonas marginadas, ganando la lealtad de numerosos funcionarios públicos y consolidando un estilo de vida mafioso.

Sin embargo, la latente amenaza de la extradición, junto a la posibilidad de perder lo ya obtenido, llevó a iniciar una fuerte arremetida contra la población civil y los miembros del gobierno. El sicariato se popularizó entre los jóvenes y niños de las zonas marginadas de las principales ciudades, los asesinatos y atentados estaban a la orden del día; todo esto con el objetivo de detener los planes del Congreso, que buscaban poner freno a estas actividades ilícitas.

El proceder de los capos consistió en contratar sicarios para cometer asesinatos de importantes líderes de la opinión pública y la vida nacional, y financiar la lucha de los grupos alzados en armas, a cambio de un poco de seguridad para sus negocios y garantizar ataques constantes contra el gobierno. Esta alianza no se convirtió en una amenaza, hasta el momento en el que los carteles se debilitaron y los grupos disidentes se hicieron cargo de la producción y la exportación de estas sustancias.



Poco a poco, estos grupos fueron involucrándose más con el narcotráfico, hasta convertirse en uno de los mayores capos de la droga. Esta actividad generaba suficiente dinero para patrocinar la lucha y además una ganancia suficiente como para acceder a más armas y tecnología para la guerra. En este punto, su ideal se perdió por completo, la lucha por lograr un gobierno democrático e incluyente, una distribución equitativa de la tierra, fue reemplazada por el interés de ampliar y proteger el negocio, junto con la extorsión a empresas y familias, el desplazamiento forzado y el secuestro de ganaderos y comerciantes.

Asimismo, estos grupos poseen el control de varias zonas del país, por lo general regiones donde no hay presencia del Estado (zonas fronterizas, selvas etc.), como lo expone Alfredo Molano en su obra *Aguas arriba*. En estos lugares, los grupos armados dictaminan las leyes y son la suprema autoridad para los habitantes, y en muchos casos salvaguardan la soberanía del territorio colombiano.

Pero así como son la autoridad en algunas zonas, continúan con una serie de atentados—en nombre de la revolución—, contra la población civil (carrosbomba, secuestros, extorsiones) que contradicen directamente los ideales iniciales. Junto con el narcotráfico, la fabricación, venta y distribución de drogas crean un vacío social y ecológico en el país; este último es preocupante en estos momentos, puesto que el impacto ambiental que generan las plantaciones de coca, no tanto por su plantación, sino por las fumigaciones que se realizan con el fin de aca-

bar con estos cultivos, han acabado con la fauna y la flora de las zonas donde se localizan estos cultivos.

Ahora bien, si en un inicio buscaban una repartición equitativa de la tierra entre la comunidad rural, con el fin de beneficiarlos principalmente a ellos, ahora es todo lo contrario: despojan al campesino de sus tierras, de sus pertenencias y los obligan a desplazarse a las ciudades, en donde tienen que llegar a sobrevivir en condiciones no dignas, mientras que sus tierras son convertidas en sembradíos de coca, campos de entrenamiento o simplemente son abandonadas. Luchaban por la integridad política, por un espacio para la oposición y la opinión; sin embargo, ahora son ellos quienes patrocinan el ascenso de políticos corruptos al poder. La demagogia se apoderó de su discurso.

Desde cualquier punto de vista, sus actos siempre dejan como víctima principal a la población civil, en especial a los sectores más vulnerables, que afrontan las consecuencias más devastadoras. Esto contradice totalmente sus ideales iniciales y demuestra como la existencia de estos grupos en la actualidad es totalmente injustificada, pues se trata de mantener un negocio, garantizar una determinada utilidad, y de esta manera mantener atemorizada a la población. Ya no hay ideales que justifiquen su lucha: la equidad, igualdad y la justicia quedaron desechados en algún sembradío de coca o fueron sepultados juntos con los verdaderos líderes e idealistas de esta revolución.